

cosas, puesto que no se las conoce, ni por los términos, pues que estos han cambiado ¿en donde la hallaríamos por ventura? Permitase, pues, á los estóicos que nos digan que esta proposición, *lloverá mañana*, es tan cierta y tan inmutable en el orden de los destinos, como esta otra, *ha llovido ayer*; y permitase á los mismos aun, que nos molesten si pueden con los mas brillantes sofismas. Los dejaremos hablar, porque la objecion, aun la insoluble (lo que estoy lejos de confesar en este caso), no debe admitirse contra la demostracion que resulta de la creencia innata de todos los hombres. Si me quereis creer Caballero, continuad cuando esteis en vuestra casa, las oraciones de *rogativas*. Entre tanto, será tambien muy bueno que rogueis á Dios con todas vuestras fuerzas, para que os haga la gracia de regresar á ella, dejando que hablen los que os objetasen que está decidido de antemano el que volvais á ver ó no vuestra querida patria.

EL CONDE.

Aunque esté como lo habeis visto, íntimamente persuadido de que el sentimiento ó deseo general de todos los hombres, forma, digámoslo así, las verdades de intuicion, (vision beatífica), ante las cuales todos los sofismas del razonamiento desaparecen; creo sin embargo, como vos, señor Senador, que en la cuestion presente, no estamos circunscritos á los sentimientos; porque desde luego si mirais de cerca, percibireis el sofisma sin poder aclararlo. Esta proposicion *ha llovido ayer*, no es mas cierta que la otra *lloverá mañana*: sin duda, *si efectivamente ha de llover*, pero esto es precisamente de lo que se trata, de suerte que la cuestion vuelve á principiar. En segundo lugar, y ahí está lo principal, no veo esas reglas inmutables, y esa cadena inflexible de los acontecimientos de que tanto se ha hablado. Por el contrario, no veo en la naturaleza mas que resortes flexibles, tales como deben ser, para prestarse todo lo que es necesario á la accion de los seres libres que se combinan frecuentemente en la tierra, con las leyes materiales de la naturaleza. Mirad de cuantas maneras, y hasta qué punto influimos en la reproduccion de los animales y de las plantas. El injerto por ejemplo, es ó no es una ley de la naturaleza, conforme el hombre existe ó no existe. Nos hablais Caballero, de cierta cantidad de agua precisamente propia de todo pais en el trascurso de un año. Como no me he dedicado nunca á la meteorologia, ignoro lo que sobre este punto se ha dicho; bien, que á deciros verdad, me parece imposible la esperiencia, al menos con una certeza casi aproximativa.

Aunque esto sea, no puede hablarse aqui mas que de un año

comun ó regular: ¿á qué distancia pues, pondremos los dos términos del periodo? Puede que tengan una distancia de diez años, acaso de ciento. Pero quiero dar de barato á esos habladores. Convengo en que todos los años, caiga en cada tierra ó pais precisamente la misma cantidad de agua: esto consistirá en la ley invariable; pero la distribucion de esta agua, consistirá en la *parte flexible* de la ley. Así ya veis, que con vuestras leyes *invariables*, podemos muy bien tener inundaciones, y sequías; lluvias *generales* en el mundo, y lluvias *escepcionales* para los que han sabido pedir las. (1) No pediremos que el olivo crezca en la Siberia; y el *klukwa* en la Provenza, sino que rogaremos para que el olivo no se hiele en las campiñas de Aix, como sucedió en 1709, y para que el *klukwa*, no tenga demasiado calor durante vuestro rápido verano. Todos los filósofos de nuestro siglo, no hablan mas que de las leyes invariables; yo lo creo: como que solo tratan de impedir al hombre que ore, ó ruegue, y ese es el medio infalible de conseguirlo. De ahí procede la rabia de esos impíos cuando los predicadores ó escritores moralistas se han guardado de decirnos, que los azotes materiales, de este mundo, tales como las volcanes, los terremotos, etc., eran castigos divinos. Aquellos nos sostienen, que era rigurosamente necesario que Lisboa fuese destruida el 1.º de Noviembre de 1755, como lo era tambien que el sol saliera el mismo día, bella teoria en verdad, y enteramente propia para perfeccionar al hombre. Me acuerdo que cierto día me indigné al leer una parte del razonamiento que dirige Herder á Voltaire, con motivo de su poema sobre aquel desastre de Lisboa. «Os atreveis, le dice seriamente, á quejaros á la providencia de la destruccion de esa ciudad: no penseis en ello! Es una blasfemia formal contra la eterna sabiduria. ¿No sabeis que el hombre, lo mismo que sus vigas y sus tejas, es *deudor á la nada*, y que todo lo que existe ha de pagar su deuda? Los elementos se unen, los elementos se desunen; *es una ley necesaria de la naturaleza*: ¿Qué hay en eso de chocante, ó estraño, ni que pueda motivar una queja?» No es verdad señores, que es un bello consuelo y muy digno del honrado cómico, que enseñaba el Evangelio en el púlpito y el panteísmo en sus escritos? Pero la filosofia no sabe mas. Desde Epicteto, hasta el *obispo de Weimar* y hasta el fin de los siglos, ese será su sistema invariable y su *ley necesaria*. Ella no conoce la uncion del consuelo. Ella seca, oprime el corazon, y cuando ha endurecido á un hombre, cree que ha for-

(1) *Pluviam voluntariam segregabis, Deus hereditati tuæ.* (Salm. XLVII. 19.) Es propiamente *κεχρημένον οὖρον* de Homero. (*Iliad.* XIV. 19) lluvia ó viento, lo mismo tiene mientras que sean *κεχρη.*

mado un sabio. (1) Voltaire al menos había respondido de antemano á su censor, en ese mismo poema sobre el desastre de Lisboa:

Al corazon mas ardiente dejad de presentarle,
De la necesidad las leyes inmutables;
La cadena de cuerpos, de espíritus y mundos,
O quimeras de sabios, ó de sueños profundos!
Dios que en su mano la cadena tiene, no se halla encadenado
Su eleccion bienhechora, todo lo ha terminado;
Es libre, es justo, y nunca fué implacable.

Hasta aquí sería imposible espresarse mejor; pero como si se hubiera arrepentido de haber hablado razonablemente, añade en seguida:

Y porque, pues, sufrimos con un amo tan justo!
Ciertamente ese nudo forzoso es desatar.

Aquí principian las cuestiones temerarias. ¿Por qué sufrimos nosotros teniendo un amo equitativo? El catecismo y el sentido comun nos responden contestes; PORQUE LO MERECEMOS. Ved ahí el nudo fatal sabiamente desatado.

Y siempre que uno se separe de esta soluion, no hará mas que disparatar. En vano ese mismo Voltaire esclamará:

Al ver de tantas víctimas un monton tan crecido
Direis, Dios se ha vengado, su muerte es del delito
¿Qué crimen ó qué falta cometieron los niños
En el seno materno sangriento destruidos?

¡Mal raciocinio! Falta de cuidado y de análisis. Sin duda que habría niños en Lisboa, como los habría en el *Herculano*, en el año setenta y nueve de nuestra era; lo mismo que los había en Dijon, algun tiempo antes (2) ó como los había, si que-

(1) Hay tanta diferencia entre la verdadera moral, y la suya, (la de los filósofos estóicos y epicúreos) como de la alegría á la paciencia: porque su tranquilidad no está fundada mas que en la necesidad. (Leibnitz en el libro de la Theod., tom. II. p. 215, núm. 251.)

Juan Jacobo, ha justificado esta observacion, cuando despues de su vana pasión de moral y de virtud, concluyó diciéndonos: «el hombre sabio y superior á todos los reveses, es aquel que solamente ve en todas sus desgracias los golpes de la ciega necesidad.» (VIII. Prom. Obras Genova, 1782, en 8^o p. 23.) Siempre el hombre *endurecido* en lugar del hombre *resignado*! Esto es todo cuanto han sabido predicarnos, esos preceptores del género humano. Emilio, ten muy presente esta leccion de tu maestro: No pienses en Dios hasta que tengas veinte años, y á esa edad seras una admirable criatura.

(2) *Lugdunum quot monstrabatur in Gallia, quæritur... una nox fuit inter urbem maximam et nullam.* (Sen. Ep. mor. XCI). En aquel tiempo se leian estos dos párrafos de Séneca, encima de dos grandes cuadros que representaban aquella destruccion de Dijon, en la gran escalera de la casa de la ciudad: ignoro si la nueva catástrofe los ha respetado.

reis en tiempo del diluvio. Cuando Dios castiga una sociedad cualquiera, por los crímenes que ha cometido, hace justicia, como la hacemos nosotros mismos en tales casos, sin que nadie piense en quejarse. Se alza ó rebela una ciudad; asesina á los representantes del soberano; le cierra sus puertas; se bate contra él; se toma, ó se rinde. El príncipe la manda desmantelar y la despoja de todos sus privilegios. Ninguno criticará este juicio ó sentencia bajo el pretesto de los inocentes encerrados en la ciudad. No tratemos nunca dos cuestiones á un tiempo. *La ciudad ha recibido su castigo, por causa de su delito, y sin este delito, no lo habría sufrido.* Esta es una proposicion verdadera é independiente de otra cualquiera. Me preguntareis en seguida. ¿Por qué los inocentes han sido envueltos en la misma pena? Esta es otra cuestion, á la cual no estoy obligado en manera alguna á responder. Confesaré que no alcanzo nada sin alterar la evidencia de la primera proposicion. Tambien puedo responder, que el soberano no puede obrar de otro modo, y no me faltarian muy buenas razones para apoyarlo.

EL CABALLERO.

Permitidme que os lo pregunte: ¿Quién pudiera impedir á ese buen rey, el tomar bajo su proteccion á los habitantes de aquella ciudad, que hubiesen permanecido fieles, trasladándolos á otra provincia mas feliz, para que allí gozasen, no digo yo, los mismos privilegios, sino de otros todavia mayores y mas dignos de su fidelidad?

EL CONDE.

Eso es justamente lo que Dios hace, cuando los inocentes perecen en una catástrofe general: pero volvamos al asunto. Me li-songeo de que Voltaire no tenia mas sinceramente que yo, lástima de esos desgraciados niños en el seno maternal sangrientos y destruidos. Pero es una delicia el citarlos, para contradecir al predicador que esclama: *Dios se ha vengado; sus males son el precio de nuestros delitos;* porque en general no hay cosa mas cierta. Se trata solamente de explicar, por qué el inocente está envuelto en el castigo impuesto á los culpables; pero segun poco há os decia, esto no es mas que una objecion; y si quisiéramos que las verdades cediesen ante las dificultades, se acabó la filosofía. Dudo por otra parte, que Voltaire que escribia tan veloz, haya fijado la atencion, en que en lugar de tratar una cuestion particular, relativa al suceso de que se ocupaba entonces, tratase una general; preguntando sin echarlo de ver, ¿por qué los niños que

todavía no han podido ni merecer ni desmerecer, están sujetos en todo el universo á los mismos males que afligen á los hombres formados? Porque si está decidido que cierto número de niños han de perecer, no concibo porque les ha de importar morir mas bien de un modo que de otro. Que atravesase un puñal el corazón de un hombre, ó que alguna sangre se acumule en su cerebro, muere de todos modos; mas en el primer caso se dice que ha acabado sus dias con una muerte violenta. Sin embargo, para con Dios no hay muerte violenta. Una hoja de acero en el corazón, es una enfermedad, igual á una simple callosidad, á que llamariamos *pólipo*. Seria menester elevarse aun mas y preguntar; por qué motivo ha sido preciso, que una multitud de niños, mueran antes de nacer; que mas de la mitad de los que nacen, mueran antes de la edad de dos años; y que otros tambien en gran número, mueran antes de la edad de la razón. Todas estas cuestiones concebidas en un espíritu orgulloso y porfiado, son enteramente dignas de *Matthieu Garo*; pero si se presentan, ó proponen con respetuosa curiosidad, pueden muy bien ilustrar nuestro talento sin peligro alguno. Platon habló de esto; porque me acuerdo que en su tratado sobre la república presenta en la escena yo no sé de qué manera, un cierto *Levanti*n (armenio sino me engaño) (1) que cuenta muchas cosas acerca de los castigos de la otra vida, eternos ó temporales; porque los distingue esactamente; pero respecto á los niños que mueren antes de la edad de la razón, dice Platon que con referencia á su estado en la otra vida, contaba aquel extranjero cosas que no debian volverse á decir (2). ¿Por qué nacen esos niños, ó por qué mueren? ¿Qué será de ellos un dia? Estos son misterios, acaso inaccesibles; pero se necesita haber perdido el sentido para argumentar sobre lo que no se comprende contra lo que se comprende perfectamente.

¿Quereis oír otro sofisma acerca de la misma materia? Tambien es *Voltaire* quien os lo presentará, y tambien en la misma obra.

¿Lisboa que no existe, tuvo acaso mas vicios
Que Londres, que Paris en delicias sumidos?
Lisboa es destruida mientras se baila en Paris.

(1) Parece ser una equivocacion, y que en lugar de *Her-el armenio*, debe leerse *Heri, hijo de Harmonius*. (*Huet Demost. evang.* en 4.º tom. II. Prop. 9. cap. 142, núm. 11.)

(Nota del editor.)

(2) El interlocutor se ha equivocado algo en esto por falta de memoria; Platon dice solamente: «Que respecto á esos niños, referia cosas que no merecian la pena de recordarlas.» (*Ὅτι ἀνήξια μνήμης*. De la Rep. I. X; opp. tom. VII pag. 325) sin discutir la espresion, es preciso confesar que ese Platon habia tocado bien todos los puntos ó resortes.

(Nota del editor.)

Gran Dios! Ese hombre queria que el Todopoderoso convirtiese el suelo ó la superficie de todas las grandes ciudades en plazas de ejecucion? ¿O bien queria que no castigase Dios nunca, porque no siempre castiga, en todas partes y en el mismo acto? ¿Habia acaso *Voltaire* recibido la balanza divina para pesar los delitos de los reyes, y de los particulares, para asignar puntualmente la época de los castigos?

¿Y qué no hubiera dicho este temerario si en el momento de escribir esos insensatos renglones, en medio de la ciudad sumergida en los placeres, hubiese podido ver de un golpe, en un porvenir tan poco lejano, al comité de la salud pública, al tribunal revolucionario y las dilatadas páginas del *Moniteur*, todas teñidas de sangre humana? Ademas, la piedad es á no dudar, uno de los mas nobles sentimientos que hacen honor al hombre, y es menester guardarse de sofocarla, y aun de entibiarla en los corazones; en tanto, cuanto se trata de materias filosóficas, debe evitarse cuidadosamente toda especie de poesia, no viendo en las cosas mas que las cosas solas. *Voltaire*, por ejemplo, en el poema que os cito, nos muestra cien mil infortunados que devora la tierra, ¿pero por qué desde luego cien mil? Tanta mas culpa tiene cuanto que podia decir la verdad, sin esceder del número, puesto que no perecieron efectivamente en aquella terrible catástrofe mas que como unos veinte mil hombres; mucho menos por consecuencia que en bastante número de batallas, que podria yo nombraros. Es preciso considerar despues que en esas grandes desgracias se ven una porcion de circunstancias ó acontecimientos. Que á un infeliz niño, por ejemplo, se le aplaste bajo una piedra, es para nosotros un espectáculo espantoso; pero con respecto á él es mucho mas dichoso que si hubiese muerto de fuertes viruelas ó de una penosa denticion. Que perezcan tres ó cuatro mil hombres diseminados en un grande espacio, ó bien todos de una vez y de un solo golpe, por un terremoto ó una inundacion, es sin duda lo mismo para la razón, pero para la imaginacion hay una diferencia enorme: de suerte que puede muy bien suceder que uno de esos acontecimientos terribles que tenemos por el mayor azote del universo, no sea nada en el hecho, no digo yo para la humanidad en general, sino para una comarca solamente. Podeis ver ahí un nuevo ejemplo de esas leyes á la vez suaves é invariables que rigen el universo: observemos, si gustais, como punto determinado que en un tiempo dado hayan de morir tantos hombres en tal ó cual pais; esto es invariable; pero la distribucion de la vida entre los individuos, lo mismo que el lugar y la época de los muertos, forman lo que se ha denominado la parte flexible de la ley: de manera que una ciudad en-

tera puede ser sumergida sin que la mortandad haya aumentado. El azote puede aun ser doblemente justo á causa de los culpables que han sido castigados, y de los inocentes que han logrado por compensacion una vida mas larga y mas dichosa. La omnipotente sabiduria que todo lo dispone, tiene medios tan numerosos, tan diversos y tan admirables, que la parte accesible á nuestras miradas, deberia enseñarnos muy bien á respetar la otra. Hace muchos años que tuve noticia de ciertas tablas mortuorias formadas en una provincia muy corta, con todo el cuidado y todos los datos mas esactos posibles, y no me sorprendi al saber por el resultado de dichas tablas que dos furiosas epidemias de viruelas no habian aumentado la mortandad en los años en que esta enfermedad habia sido un azote. Tan cierto es que esa fuerza oculta que llamamos *naturaleza*, tiene medios de compensacion en donde nadie sospecha

EL SENADOR.

Un adagio sagrado dice que *el orgullo es el principio de nuestros crímenes* (1). Creo que se pudiera muy bien añadir; *y de todos nuestros errores*. El es quien nos estravia, inspirándonos un infausto espíritu de altercado, que hace que busquemos dificultades para tener el placer de disputar, en vez de someternos al principio probado; pero muy engañado estoy si los contendientes no sienten ellos mismos interiormente que es enteramente vano. Cuantas disputas cesarian si todo hombre se viera obligado á decir lo que siente!

EL CONDE.

Creo lo mismo que vos; pero antes de ir mas lejos, permitidme que os haga observar que veo un caracter particular del cristianismo á propósito para esas calamidades de que hablábamos. Si el cristianismo fuese humano, su enseñanza variaria con las opiniones humanas; mas como procede del ser inmutable, es inmutable como él. Ciertamente esta religion que es la madre de toda buena y verdadera ciencia que existe en el mundo, y cuyo mas grande interes es el adelanto de esta misma ciencia, se guarda bien de interrumpirnosla, ni de entorpecer la marcha. Aprueba ella mucho, por ejemplo, que indaguemos ó busquemos la naturaleza de todos los agentes físicos que figuran en las grandes convulsiones de la naturaleza. Respecto á la misma,

(1) *Initium omnis peccati superbia* (Eecl. X. 13.)

que está en relacion directa con el Soberano, poco se ocupa de los ministros que ejecutar sus órdenes.

Sabe que está creada para orar, y no para disertar, puesto que sabe ciertamente, todo lo que debe saber. Que la aprueven ó que la vituperen, que la admiren ó que la ridiculicen, siempre permanece impassible; y sobre las ruinas de una ciudad destruida por un terremoto, esclama en el siglo diez y ocho como lo hubiera hecho en el doce: *Os rogamos, Señor, dignaos protegernos; afirmad por vuestra suprema gracia esta tierra conmovida por vuestras iniquidades, á fin de que los corazones de todos los hombres, conozcan que vuestro enojo es quien nos envia esos castigos, asi como vuestra misericordia, es la que nos libra de ellos.*

No hay aqui leyes inmutables como veis. Ahora está reservado al legislador el saber aun dejando á un lado toda discusion acerca de la verdad de las creencias; si una nacion entera gana mas penetrándose de esos sentimientos que entregándose exclusivamente á indagar las causas físicas, en lo que sin embargo estoy muy lejos de negar un gran mérito de segundo orden.

EL SENADOR.

Apruebo mucho que vuestra Iglesia que quiere enseñar á todo el mundo, no se deje enseñar de nadie; siendo sin duda preciso que esté dotada de una gran confianza en si misma, para que la opinion nada influya en ella. En vuestra cualidad de latino...

EL CONDE.

¿A quien llamais *latino*? Sabed que en materia de religion soy tan *griego* como vos.

EL SENADOR.

Vamos pues, mi buen amigo, dejemos para otro dia las chanzas, si os parece.

EL CONDE.

No me chancé de ningun modo, os lo aseguro: el simbolo de los apóstoles no se ha escrito en griego antes de hacerlo en latin? ¿Los simbolos *griegos* de Nicea y de Constantinopla, y el de San Atanasio, no contienen mi fe? ¿Y no deberé yo morir en defensa de la verdad? Creo que soy de la religion de S. Pablo y de San Lucas, que eran griegos. Soy de la religion de S. Ignacio, de S. Justiniano, de S. Atanasio, de S. Gregorio de Nicea, de S. Cirilo, de S. Basilio, de S. Gregorio Nacianceno, de S. Epifanio, de

todos los santos, en una palabra, que están en vuestros altares, y cuyos nombres llevais y particularmente de S. Crisóstomo, cuya liturgia habeis conservado. Admito todo lo que estos grandes y santos personajes han admitido; me pesa de todo lo que á estos les ha pesado. Recibo á mas como un Evangelio todos los concilios ecuménicos ó generales convocados en la *Grecia-Asiática* ó en la *Grecia-Europea*. Os pregunto si es posible ser todavía mas griego?

EL SENADOR.

Lo que decis en eso me hace concebir una idea que tengo por justa. Si alguna vez hubiera de hacerse un tratado de paz entre nosotros, pudiera proponerse el *statu quo ante bellum*.

EL CONDE.

Y yo firmaria al instante, y aun sin conocimiento: *sub sperati*. ¿Pero qué es lo que queriais significar, sobre mi cualidad de *latino*?

EL SENADOR.

Os queria decir, que con vuestra cualidad de *latino* volveis á parar siempre á la autoridad. Muchas veces me divierto viéndoos dormir en esa almoadá. Además, aun en el caso de que yo fuera protestante, no disputariamos hoy; porque tengo por muy bueno muy justo, y aun si quereis, por muy filosófico, el establecer como dogma nacional que todo azote del cielo es un castigo: ¿Y qué sociedad humana ha dejado de creer esto? ¿qué nacion antigua ó moderna, civilizada ó bárbara, y en todos los sistemas posibles de religion, ha dejado de mirar esas calamidades, como obra de una potencia superior, á quien se podia aplacar? Yo elogio no obstante mucho á ese caballero por no haberse burlado de su párroco cuando recomienda el pago del diezmo bajo pena del granizo ó del rayo: porque ninguno tiene derecho á asegurar que tal desgracia es el resultado de tal falta (sobre todo si es ligera); pero se puede, y aun se debe asegurar en general que todo mal físico es un castigo; y que esto supuesto, los que nosotros llamamos *azotes del cielo*, son necesariamente las resultas de un gran crimen de una nacion ó de la acumulacion de los crímenes individuales; de suerte que cada uno de estos azotes ó castigos, podian haberse evitado desde luego por medio de una vida mejor y tambien por la oracion. Así pues dejaremos hablar á los sofistas con sus *leyes eternas é inmutables*,

que solo existen en su imaginacion y que tienden nada menos que á la estincion de toda moralidad y al embrutecimiento total de la especie humana (1). Es preciso que haya electricidad, deciais, caballero; luego ha de haber truenos y rayos como ha de haber rocío; y podriais añadir tambien, como ha de haber lobos, tigres, serpientes de cascabel, etc. etc. Lo ignoro en verdad. Hallándose el hombre en un estado de degradacion tan visible como deplorable, no sé lo bastante para decidir cual es el ser y cual el fenómeno, propios únicamente de su estado. Por otra parte, en el mismo en que nos hallamos, pasan muy bien sin lobos en Inglaterra ¿por qué no han de pasar sin ellos en otra parte? Yo no sé absolutamente si es preciso que el tigre sea lo que es; tampoco sé si aun necesario es que haya tigres; y hablándoos francamente, me atengo á lo contrario.

¿Quien es capaz de olvidar, la sublime prerogativa del hombre. Que en todas partes en donde habite, los animales en número suficiente que lo rodean, han de servirle, entretenerle, ó han de desaparecer? Pero partamos si se quiere de la loca hipótesis del optimismo: Supongamos que el tigre ha de existir, y además, ser lo que es; diremos: luego es preciso que uno de estos animales entre hoy en tal habitacion, y que devore á diez personas? Es necesario que la tierra encierre en su seno, varias sustancias que en ciertas circunstancias dadas puedan inflamarse ó evaporarse y causar un terremoto, muy bien; nosotros añadiremos: Luego era necesario que el 1.º de noviembre de 1755, Lisboa entera pereciese por una de esas catástrofes. La explosion no podia haberse verificado en otra parte, por ejemplo, en un desierto, ó en los estanques de los mares, ó á cien pasos de la ciudad. No podia haberse prevenido á los habitantes por medio de ligeros sacudimientos, á fin de ponerse al abrigo por la fuga? Toda razon humana que no sea sofística se indignará contra semejantes consecuencias.

EL CONDE.

Sin duda alguna, y yo creo que el buen talento universal tiene incontestablemente razon, al atenerse á la etimología de la que él mismo es el autor. Los azotes ó calamidades, se han hecho para pegarnos; y nos pegan porque lo merecemos. Podiamos sin

(1) No tan solo los cuidados y los trabajos, sino tambien las oraciones, son útiles. Habiendo Dios tenido en consideracion estas oraciones, antes de haber arreglado las cosas: y no solamente los que suponen bajo el vano pretexto de la necesidad de los acontecimientos que pueden descuidarse los cuidados que los negocios piden, sino tambien los que hablan contra las oraciones, incurrén en lo que los antiguos llamaban ya el *sofisma perezoso*. (Leibnitz. Theod. tom. II en 8.º p. 416.)

embargo, no dar lugar á ellos y aun á pesar de haberlo merecido, está en nuestra mano obtener gracia. Este es, segun creo, el resultado de cuanto se puede decir con sensatez sobre este punto, y aun ofrece uno de los casos mas frecuentes en que la filosofia despues de dilatados y penosos rodeos, viene por último á parar en la creencia ó fé universal. Bien conoceis caballero, lo contrario que soy á nuestra comparacion de las noches y de los dias (1). El curso de los astros no es un mal; al contrario, es una regla constante, y un bien que pertenece á todo el género humano; pero el mal que solo es un castigo, ¿como ha de ser necesario? La inocencia podia evitarlo; la oracion apartarlo ó alejarlo: siempre insistiré en este gran principio. Notad con este motivo un extraño sofisma de la impiedad, ó bien de la ignorancia, porque yo no quisiera mas que ver á esta en lugar de la otra. Porque la bondad todo-poderosa, sabe emplear un mal para destruir otro, se cree que el mal es una parte integrante del todo. Recordemos lo que ha dicho la ilustre antigüedad: que Mercurio, (que es la razon) tiene el poder de arrancar los nervios de Typhon, para hacer las cuerdas de la lira divina. (2). Pero si Typhon no existiera, ese juego de fuerza maravillosa seria inútil. No siendo pues nuestras oraciones sino un esfuerzo del ser inteligente contra la accion de Typhon, la utilidad y aun la necesidad estan filosóficamente demostradas.

EL SENADOR.

Esa palabra Typhon que fué en la antigüedad el emblema de todo mal, y especialmente de todo azote temporal, me recuerda una idea que he tenido muchas veces presente y que os voy á participar. Hoy sin embargo omito mi metafisica, porque es preciso que os deje, para ir á ver el gran fuego artificial que se dispara esta noche en el camino de Peterhoff, y que ha de figurar una explosion del Vesubio. Es un espectáculo Typhoniano como ya veis; pero enteramente inocente.

EL CONDE.

No respondo de los mosquitos y de la multitud de pájaros que anidan en los bosques vecinos, y tampoco de algun temerario de la especie humana que pudiera muy fácilmente perder la vida ó

(1) Véase p. 42.

(2) Esta alegoría sublime es de los egipcios (Plut. de yo y de os, LIII. LIV.)

algunos miembros al decir ¡Niebosse! (1). No sé como sucede, que los hombres jamás se reunen sin esponerse. Id, no obstante, mi querido amigo, y no dejéis de volver mañana llena la cabeza de volcánicas ideas.

(1) ¡No haya miedo! Espresion familiar al ruso, el mas atrevido y emprendedor de los hombres, y que nunca deja de pronunciar, sobre todo cuando arrostra los peligros mas terribles y evidentes.